

enoje usted, pero sea bondadosa y dígame lo que ha respondido á ese hombre.

—Pues bien, le he respondido que había aquí distracciones más importantes para él que la de hacerme el amor.

El rostro de Armando se llenó de alegría; inclinóse ante su prima, y casi en voz baja, como si sintiera vergüenza de lo que decía, murmuró:

—¡Gracias!

VIII

Acababan de comer, y mientras los señores de Tresorier sostenían un animado diálogo con Armando, la condesa, del brazo de Pablo de Cravant, recorría lentamente el jardín de la villa Fontenay, alrededor de los canastillos de flores que exhalaban delicioso perfume. Contemplando el mar, que golpeaba el borde de la playa con sus murmurantes olas, departían en voz baja, evitando aproximarse al grupo de sus amigos, como si temiesen ser escuchados. En el mismo momento de levantarse de la mesa, y mientras servían el café en la terraza, y los caballeros encendían los cigarros, Mina y el primo de su marido, como impulsados por un mismo resorte, habían salido al jardín.

—Nos ha secuestrado usted á la señorita Au-

drimont—dijo la condesa á Pablo con aire indiferente, pero examinándole de reojo.

—¿Ha disgustado á usted eso?

—De ningún modo. Supongo que ese pequeño *tête à tête* ha complacido á usted, y no soy tan egoísta que me queje de ello.

—Confiese usted que he hecho bien en aprovechar la ocasión, puesto que la señorita Lydia nos ha abandonado esta noche.

—Sí, al volver, manifestaba menos alegría que esta mañana, y una hora antes de comer me ha avisado que no comería con nosotros. Es un poco caprichosa.

—Tal vez por eso sea tan seductora.

—¿Le gusta á usted decididamente?

—No tengo por qué ocultarlo.

—¿Se lo ha dicho usted?

—Se lo he dicho.

La condesa se detuvo, miró fijamente al barón con un aire que él llamaba de princesa, y con voz muy dulce le dijo:

—Lo sospechaba, y por eso he querido hablar un instante con usted esta noche. Usted es un caballero y comprenderá las obligaciones que me impone la hospitalidad ofrecida por mí á nuestra prima. Al entrar en mi casa, Lydia se ha colocado moralmente bajo mi protección, y como mi edad me permite tratarla como si fuera mi hija, tengo derecho á preguntar á usted afectuosamente cuáles son sus intenciones.

—¿Mis intenciones, querida condesa—respondió el barón, dibujándose en su rostro una expansiva satisfacción,—son muy sencillas, y no las he ocultado á la señorita Audrimont. La he suplicado sencillamente que se dignase concederme su mano,

—¿Ha hecho usted eso, Pablo?—dijo la condesa con una emoción que en vano se esforzaba en ocultar.

—Lo he hecho; ¿qué tiene eso de extraordinario?

—No... nada...

—Tengo treinta años, soy libre, rico, me agrada la señorita Audrimont, que no depende de nadie, la adoro, y si consiente en ello será mi esposa.

—¿Le ha dicho usted eso mientras parecían ambos tan ocupados en contemplar las cristalinagüas?

—Sí, condesa, sentados sobre unos maderos que exhalaban un delicioso olor á pino. No escogí bien el sitio; lo mismo hubiera podido hacer mi declaración en un salón, muellemente reclinado en uno de los más cómodos sillones. Pero no por eso hubiera sido ni más sincera ni más entusiasta.

—¿Y cómo acogió ella esa solicitud?

—Quisiera poder afirmar, en gracia á mi amor propio, que favorablemente; pero soy demasiado veraz para ello. La señorita Lydia me escuchó

con agrado, me respondió con buen humor; pero creo que no tomó en serio mi declaración. Sabe usted muy bien, condesa, que no entra en mis ideas el representar melodramas ni tengo para ello las raras disposiciones de un Antony ó un Didier. No me he arrastrado por los suelos con gritos de furor y desesperación; pero tengo la seguridad de haber desplegado toda mi elocuencia. Estuve convincente, apasionado, y aseguro con toda franqueza que vacié el fondo de mi equipaje de seducciones. Tengo, sin embargo, el sentimiento de confesar que no he triunfado del todo.

—Entonces...

—Entonces ¿qué he de hacer yo si usted no me ayuda? Me he dirigido á usted esta noche para contarla mi aventura y rogarla que se interese por mí. Una mujer, y sobre todo una mujer como usted, es un aliado decisivo para un pobre muchacho como yo. Hace un momento dijo usted que tenía sobre ella cierta autoridad moral; pues bien, ejérezala en mi favor y hará la dicha de los dos, puesto que yo la amo, y respondo de que, si todavía no ha entregado su corazón á otro, sabré hacerme amar por ella.

Mina se estremeció al escuchar aquella frase «si no ha entregado su corazón á otro.» Una arruga se dibujó en su hermosa frente, y ante sus ojos pasó un denso velo. El recuerdo de sus antiguas sospechas tomó de nuevo cuerpo en su

imaginación, y sólo se calmó á la idea de que su plan serviría de prueba decisiva.

—Si Armando—se dijo—acepta con tranquilidad este matrimonio y puedo decidir á Lydia á que se case con Pablo, todo se ha salvado. La combinación que preparo en este momento está basada en el consejo de mi antiguo amigo. ¿Por qué temer en vez de esperar? Debo alegrarme por llegar tan oportunamente á la realización de mis fines.

A pesar de estas razones, que ninguna réplica podía debilitar, Mina se consideró incapaz de vencer su turbación. Durante tres meses se había mecido en una confiada seguridad, pero en un minuto acudieron á su mente todas sus inquietudes y prevenciones. Su carácter no era el más á propósito para retroceder ante una lucha suprema; por el contrario, la anhelaba, porque creía que la duda es el peor de los males, y para salir de tan violenta situación estaba resuelta á todo. Serenó cuanto pudo su semblante y dirigiéndose á Pablo

—Cuenta usted conmigo en absoluto—le dijo.—Lo que sea necesario decir ó hacer con Lydia lo diré y lo haré.

—Entonces estoy seguro de vencer—exclamó el barón con alegría.

—Ante todo sea usted discreto y no cuente lo que acaba de confiarme á ninguna de las personas que están aquí. ¿Me oye usted bien?... A nin-

guna. Ni aun Armando debe conocer esos proyectos. Es una de las condiciones indispensables para el éxito.

—Seré mudo.

—Aproximémonos porque comienzan á notar nuestro conciliábulo. No aparezcamos como conspiradores.

Volvieron á la terraza, que estaba deliciosa con la suave brisa de la noche, pues al humedecerse las flores esparcían deliciosos perfumes. En el cielo, tachonado de estrellas, veíase por encima de la colina que marcaba la dirección de Villiers la luna creciente iluminando con cierta vaguedad el camino.

—¿No es ya hora de ir al casino?—preguntó el barón Tresorier.—Hay esta noche una *sauterie*, y debemos acudir á ver bailar á las lindas forasteras.

—Vayan ustedes—dijo Mina;—yo estoy muy cansada. Vé tú, Armando, si quieres.

—No, gracias; prefiero quedarme contigo.

Mina se sonrojó; un vivo carmín coloreó sus mejillas, y su seno se agitó ante la idea de que se presentaba por sí misma la ocasión de jugar con Armando la partida suprema. Hizo un gesto, y con voz que la emoción enronquecía, dijo:

—Pues quédate.

Una vez solos, pasaron al salón. La condesa se acomodó en un silloncito cerca de la mesa en que yacían sus labores, y siguió con los ojos,

durante un instante, á su marido, que paseaba absorto de un extremo á otro de la estancia. En una de las vueltas, y al encontrarse ambos frente á frente, la condesa abordó la conversación.

—He hablado esta noche largamente con Pablo de cosas que á todos nos interesan.

—¡Ah!—dijo su marido, levantando brusca- mente la cabeza.

—Sí, habia notado desde hace algún tiempo que era muy asiduo con Lydia y he querido conocer sus intenciones...

—¿Y te las ha manifestado?—interrogó Armando con tono irónico.

—Sí.

—¿Y son?

—¡Oh! Muy satisfactorias para nosotros; desea hacerla su esposa.

—Muy bien; pero entre sus deseos y la realización existe un pequeño obstáculo, que es la voluntad de mi prima.

—Y esa voluntad ¿la conoces tú?

—La conozco, pues del mismo modo que tú, notando que Cravant pensaba en Lydia, interrogaste al pretendiente, yo he consultado la voluntad de la pretendida.

—¿Y te ha respondido?...

—Que no le agrada Pablo.

Madama de Fontenay inclinó la cabeza sobre el pecho, y, profundamente conmovida, guardó silencio durante un minuto. ¿Qué extraño desig-

nio había impulsado á Armando á semejante averiguación, parecida á la suya? ¿Habría obedecido al mismo sentimiento de celosa inquietud?

Mientras ella pretendía averiguar si el pensamiento de Lydia ocupaba, por poco que fuera, á su marido, éste trataba de aquilatar el grado de afecto que á Lydia inspiraba Pablo. La condesa, dispuesta á atacar á Armando hasta en sus últimas trincheras, replicó al cabo de un instante:

—Eso mismo me ha dicho Pablo esta noche, porque no se hace ilusiones, pero no se ha desanimado y continuará cortejando á Lydia, convencido de que, á fuerza de asiduidad, logrará impresionarla. Ha solicitado mi apoyo y se le ha prometido.

El rostro de Armando se contrajo, frunció el entrecejo, y con voz áspera repuso:

—Más valía que te hubieses excusado. El deber de una buena señora de su casa consiste en no turbar la tranquilidad de sus huéspedes. ¿Has traído á Lydia para exponerla á las imper- tinencias de nuestros amigos?

—No creo que Cravant la moleste; si ella no ha tomado en serio la petición, puede que reflexionando varíe de consejo. No será la primera que, después de mucho tiempo de negativas, acabe por decir que sí. Mi opinión es que Lydia no encontrará un partido más ventajoso que tu primo.

—Pues no le gusta, y lo comprendo, porque

no tiene nada de seductor. Es ligero, está prendado de sí mismo, es presuntuoso y frívolo como una mujer... ¿Cómo quieres que el carácter firme y el espíritu recto y reflexivo de Lydia se avenga á esa informalidad y á esa inconstancia? Si se casaran, ella tendría que ser el guía, el consejero, el amo, el hombre, en una palabra.

—¿Quién sabe si en esa anomalía hallarían la dicha uno y otro!

—Por favor, no hagas experimentos matrimoniales en nuestra familia.

—No creo que pienses destinar á Lydia á vestir imágenes. Si no se casa con Cravant se casará con otro.

Al escuchar aquel argumento, Armando palideció y sintió agolparse toda su sangre á su corazón; sus ojos brillaron con sombrío fuego, y, para ocultar la alteración de su fisonomía, se sentó en un ángulo oscuro, permaneciendo silencioso é inmóvil. Sus temblorosos labios y su apretada garganta le impidieron pronunciar una palabra.

—Algún hombre le agradecerá—continuó la señora de Fontenay.—¿Y quién sabe si el elegido valdrá menos que Pablo, el cual, á pesar de todos sus defectos, es un buen muchacho! Vamos, ¿no quieres ayudarme á convencer á Lydia?

El conde hizo un esfuerzo y respondió secamente:

—No.

La condesa se levantó, y colocándose frente á su marido, con la mirada fija en él, le dijo:

—¿Te he contrariado al hablarte de estos proyectos?

—¿Por qué me ha de contrariar á mí eso?—replicó él riendo amargamente.—Pero si has tomado á Lydia—continuó—por una colegiala á quien se obligue, á pesar suyo, á casarse con un cualquiera, te engañas; hará únicamente lo que mejor le plazca.

—Lo que le plazca será lo que deba hacer.

—Estoy convencido de ello.

El conde cogió un libro, y Mina, á pesar de todos sus esfuerzos, no logró más explicaciones. Nunca se había visto presa de tanta agitación como entonces; miraba á su marido que, bajo la claridad del foco del quinqué, parecía leer tranquilamente.

Estaba pálido, pero sus facciones ofrecían la apariencia de una perfecta serenidad. ¿Qué pensamiento ocultaría aquella frente, en la que no se veía ninguna arruga? ¿Qué secreto encerraría la vaga sonrisa de aquella boca, cubierta por rubio bigote? ¿Qué extraña energía de carácter poseía Armando para apaciguar el torbellino de su sangre, las palpitaciones de su corazón, la alteración de su rostro? Su fuerza de voluntad conseguía vencer, ¡pero á qué precio! Interiormente se hallaba turbado; blasfemaba y maldecía en lo íntimo de su pensamiento.

La condesa notó que no volvía las hojas del libro y que sus ojos permanecían fijos sobre la misma página con apasionada atención. No leía; aquella impasibilidad la asustó, sobre todo al contemplarle absorto en una idea fija, como si estuviese en pleno sueño cataléptico. ¿Qué pensaba? ¡Cuánto hubiera dado por saberlo! ¿Sería su sentencia de muerte lo que hervía en aquel cerebro en combustión? ¿Decidiría Armando, silencioso, impenetrable como el destino, su porvenir en tan supremo instante? Durante un momento se vió asaltada por la idea de arriesgarlo todo por medio de una brusca pregunta, á la cual le hubiera sido imposible no responder categóricamente. Acaso la respuesta fuese el rayo que iluminara las tinieblas, entre las que se agitaba con horror.

Se levantó para eludir aquel impulso temible, en la esperanza de que el cambio de postura, desviara el curso de sus ideas, y fué á sentarse á una marquesita entre las dos ventanas; colocada en aquel sitio, Armando se veía libre de su inquisitorial mirada. Sólo distinguía desde su observatorio la espalda de su marido, que se encorvaba cada vez más, como si el peso de su frente le obligara á inclinarse sobre el libro. Así permanecieron largo rato, separados por la tempestad de sus pensamientos, hasta que la campana del reloj pareció despertar al conde, que levantó la cabeza y exclamó con voz sorda y emocionada:

—Son las once.

Se levantó, y Mina se aproximó á él.

—Qué, ¿te retiras ya?

—Sí, si me lo permites.

—Acuéstate, pues, y duerme tranquilo.

Movió el conde la cabeza con aire de duda, oprimió con ardorosa mano la de su mujer, y salió. Ella, de pie, siguió contemplando durante un momento la puerta por donde acababa de alejarse el conde, y después, acercándose á la mesa sobre la que había quedado el libro leído por su marido, lo cogió. Era una novela de Balzac, *El padre Goriot*, la que se abrió por sí misma, como dominada por la presión prolongada de los dedos entonces la condesa observó con asombro que la página sobre la cual había meditado Armando estaba impregnada de lágrimas. ¡Ah! ¡Durante el tiempo que le había contemplado vuelto de espaldas, como estaba seguro de no ser visto por su mujer, había llorado! En aquella página, humedecida por las amargas lágrimas vertidas por sus ojos, tuvo la condesa la prueba que buscaba. Quiso saber si el pasaje de la novela podía ser una causa particular de emoción para Armando, y leyó el admirable capítulo en el que la fiera Clara de Borgoña, engañada por su amante el marqués de Ajuda, abandona á París, deja el mundo en medio de una última fiesta dada en su casa, y, sin esperanza, huye á un apartado retiro, que no será para Clara más que una ante-

sala de la muerte. Sobre las líneas en que se describe magníficamente el dolor causado á aquella infortunada mujer por el abandono del hombre á quien se había entregado sin reserva, las pequeñas gotas de llanto se destacaban claramente, como si el corazón de Armando se hubiera fundido en triste rocío ante aquel tierno pasaje.

Mina quedó aterrada por su descubrimiento. Había querido saber á qué atenerse, y la casualidad le respondía. ¡Oh!, la situación de Clara presentaba una dolorosa semejanza con la suya. Armando, á imitación del héroe de la novela, se disponía á hacerla traición, y, sin embargo, al leer el relato de los dolores de la mujer preterida había llorado. ¿Qué misteriosa piedad elevaba la voz en el fondo de su alma en favor de Mina? Veíasele dispuesto al engaño, y, sin embargo, compadecía á su víctima y lloraba ante su desgracia. Estaba descubierta la causa de su inmovilidad al descubrir lo que pensaba con el libro entre las manos. Aquello era lo que le había hecho verter lágrimas cuando, libre de las miradas de su mujer, se había abandonado sin fingimiento á sus impresiones.

Una tristeza inmensa invadió el alma de Mina, que notó con asombro que, al conocer la traición cierta y confesada, no era la cólera su sentimiento más intenso. Las lágrimas del culpable la habían emocionado profundamente, causándola una amarga alegría. El conde luchaba aún,

procurando resistir á la pasión que invadía su alma. ¿Podría acaso el sentimiento de su deber dominar á su fatal amor?

Retiróse á sus habitaciones, y en vez de acosarse, se aproximó á la ventana para respirar el aire de la noche. Las luces del Casino brillaban á lo lejos, y á la derecha, al otro lado del muro cubierto por las enredaderas, dibujábase sobre el azul del cielo el alero del tejado del *chalet* de la señorita Audrimont. En el piso bajo y en el principal se veían algunas ventanas iluminadas, clara señal de que alguien velaba. Un ruido de pasos en la arena del jardín llamó la atención de la señora de Fontenay, que distinguió, al fijarse más, una forma oscura sobre la terraza del piso bajo. En aquella sombra reconoció á Armando.

Paseaba de un extremo al otro del jardín continuando sus reflexiones, creyéndose al abrigo de observadores indiscretos, pues la ventana desde donde Mina le veía estaba en la sombra. Su dolorosa agitación iba en aumento. Los ojos de la condesa, ya habituados á la oscuridad, le distinguían claramente, con las manos en la espalda, la cabeza inclinada, andando con movimientos automáticos. Así se paseó durante una hora; luego cruzó de repente el jardín y se dirigió á la puertecilla escondida en el muro que comunicaba con la casa de Lydia; se detuvo ante ella como si dudase abrirla, pero al fin se deci-

dió, y Mina le vió con espanto dirigirse al *chalet*. ¿Qué iba á hacer allí? ¿Qué nueva revelación más cruel aún que las anteriores debía esperar aquella esposa sin ventura? ¡Estaría Armando de acuerdo con Lydia! ¡Engañarla la niña á quien había abierto las puertas de su casa! La condesa no perdía de vista á su marido, que siguió con precaución á lo largo de una calle de árboles, protegiéndose con su sombra para no ser visto. Llegó al *chalet* y se detuvo al pie de la ventana del piso bajo, en la que brillaba una tenue luz. Su cabeza sobresalía por encima del friso de piedra, y allí permaneció inmóvil, mirando hacia el interior del edificio, durante un espacio de tiempo que pareció eterno á Mina, que le observaba ansiosamente. De pronto retrocedió para esconderse tras un arbusto.

En el mismo momento se abrió la ventana y la silueta enorme de la señorita Griffith se dibujó en la claridad de la tapia, cubierta de enredaderas. La inglesa interrogó con la mirada el fondo oscuro del jardín, como si quisiera descubrir algo, y con su gruesa voz, que llegó hasta la señora de Fontenay, dijo á Lydia, que permanecía en el interior de la habitación:

—No es Michigán... No veo á nadie... Habrá sido aprensión.

Bajó la persiana; las maderas de la ventana chocaron al cerrarse, y el gabinete quedó sumido en las tinieblas. Al cabo de un minuto, Ar-

mando, saliendo de su escondite, volvió á desandar el camino que le había conducido al *chalet*, y empujando la puertecilla, entró de nuevo en el jardín de la quinta. Se sentó en un banco envuelto por la sombra en profunda oscuridad, encendió un cigarro, y continuó inmóvil, reflexionando en su idea fija.

Mina, más tranquila, suspiró para desahogar su pecho, al cerrar lentamente la ventana. Era fácil de comprender la escena que acababa de representarse ante sus ojos; Armando, después de la entrevista con su mujer, había sentido un terrible deseo de ver á Lydia, y tal vez de asegurarse de que estaba sola y de que el pretexto dado para no comer con sus primos no la servía para gozar de la libertad de ver á Pablo. El infeliz estaba celoso y Mina sabía de qué suposiciones absurdas es capaz una imaginación celosa. Sin duda había querido espiarla, vigilarla, entrar... quién sabe. Al asomarse á la ventana del salón, debió delatar su presencia algún ruido, y en el momento en que la señorita Griffith abrió para ver si era el perro de Lydia, el conde se había visto precisado á esconderse.

No había, pues, ninguna connivencia entre él y la joven, ningún misterio, ninguna deslealtad, y todo quedaría aún salvado si la señorita Audrimont consentía en casarse con Cravant. Era preciso que la señora de Fontenay se apresurara á intentar la maniobra suprema que decidiría la

pérdida ó la conservación de su tranquilidad, pues un día de duda ó de retraso podría dar lugar á un incidente que produjera un escándalo irreparable. Mina, al encontrarse en una situación tan grave, entregada á sí misma, sentía por vez primera vacilar su firme voluntad; dudó acerca del camino que debía seguir, y sus ideas se vieron envueltas entre las más espantosas sombras. El admirable temple de su espíritu, tan vigoroso y delicado, sufría con tan terribles luchas; la rectitud de su conciencia falseaba, y parecíale que perdía por instantes el sentimiento de lo justo y lo injusto, de lo lícito y de lo prohibido.

Quiso, por lo tanto, para no faltarse á sí misma, para no ceder á la altivez de su carácter, atenerse á las doctrinas del prudente y desinteresado consejero que la había guiado y sostenido en horas turbulentas y peligrosas. Dirigió un telegrama al señor de Villenoisy, rogándole se trasladase á su lado. El anciano pasaba el verano en una posesión de su pertenencia cerca de Caen, y podía estar en pocas horas en el hotel de la señora de Fontenay, quien no ignoraba lo que había de preocuparle su apremiante ruego. Una vez fortalecida con aquella idea, pudo conciliar el sueño. Al día siguiente, á la hora del almuerzo, supo que Armando había partido en un vapor para el Havre, advirtiéndole que no volvería hasta el anochecer, al mismo tiempo que re-

cibía la respuesta del viejo diplomático, previniéndole su llegada al día siguiente.

La ausencia del conde facilitaba la ejecución de la promesa, hecha por Mina, de hablar á la señorita Audrimont en favor de Cravant, y segura de no ser interrumpida, se dirigió al *chalet* á las tres de la tarde, sabiendo que su joven parienta estaba sola, por haber ido miss Griffith á Trouville. Llegó á la puerta del gabinete donde Lydia acostumbraba á estar, y entró con la mayor familiaridad. Sentada junto á la mesa, vestida con un traje gris muy sencillo, dibujaba Lydia una labor sobre cañamazo. Al oír la puerta alzó la cabeza, su rostro se llenó de alegría y se levantó, dirigiéndose hacia la condesa. Después de darle la mano, la condujo á un diván, y sentándose en una sillita baja

—¿A qué debo el placer de ver á usted por aquí?—preguntó.—¿Seré tan dichosa que pueda servirla en algo?

—Vengo como embajadora—dijo la señora de Fontenay—y le suplico que, después de haberme acogido con tanto gusto, me escuche usted del mismo modo.

Una nube de inquietud veló la clara mirada de la joven; sus cejas se fruncieron, pero de su rostro no desapareció la expresión de afabilidad.

—¿Inquieta á usted el resultado de la negociación?—preguntó.—¿Es tan difícil lo que quiere usted obtener de mí?